

EL CINE COMO

ARTE DE

"El cine es el porvenir. No se le suprime de un plumazo, ni tampoco con levantar los hombros desdefiosamente. El cine es el compañero del automóvil, del avión, de los descubrimientos modernos, del confort, de la higiene y de la velocidad; la reina de la época actual. Negar su fuerza, su poder, es negar la evidencia. Es negar nuestro siglo."

A pesar de los años transcurridos, no ha perdido vigencia esta afirmación, aunque siga pareciendo exagerada para algunos intelectuales de hoy como lo pareció cuando la escribiera André Láng. Muy poco tiempo hace, en una conferencia, cierto profesor norteamericano vaticinaba, fatídico: "Veo llegar el momento en que el pueblo americano no sabrá leer ni escribir y llevará una vida semejante a la de los organismos vegetales, y todo por el cine y la televisión."

Algo parecido corroboraba Anatole France: "El cinematógrafo es el peor de los ideales populares, no que anuncie el fin del mundo, pero sí, ciertamente, el fin de la civilización."

Basten estos testimonios para asegurarnos de una mentalidad contraria al cine que incluso no está ausente en parte de nuestro mundo intelectual, como no están ausentes tampoco las alabanzas a ultranza de aquellos para quienes el cine es la expresión por excelencia del mundo cultural.

Fiel de la balanza en esta controversia nacida en los mismos balbuceos del cine son las palabras del escritor Daniel Rops: "Hay personas, dice, que cubren de oprobio al cine; otras confiesan no poder prescindir de él. A mi entender, no creo que merezca ni este exceso de honor ni esta indignidad. Es un arte incompleto aún, que no ha encontrado su fórmula definitiva; que no se atreve a volar con sus propias alas, es decir: que no ha sabido aún elaborar su estética ni sus leyes. Pero en su búsqueda y en sus torpezas es verdaderamente conmovedor... Creo en el porvenir del cine, en su porvenir como arte de inteligencia."

No dudamos de que el propio Rops, ante las obras maestras de los últimos años, habrá podido percatarse de que sí ha encontrado el cine su propia fórmula y que es un "arte de inteligencia".

Existe un punto de coincidencia universal dentro del cine, hoy como lo era en 1895: su fuerza persuasiva, su poder hipnótico para arrastrar al hombre todo entero hacia un mundo ideal.

Vieja y conocida es la sentencia de Lenin: "De todas las artes, la más importante para Rusia es el cine"; también la de su continuador Stalin cuando ante el XIII Congreso del mundo comunista exclamaba: "El cine es un gran instrumento de agitación de masas; se trata, por lo tanto, de ponerlo en nuestras manos."

Similar aprecio, aunque con diversa finalidad, le merece a la Iglesia Católica desde Pío IX con su encíclica sobre el cine; como las declaraciones de Pío XII: "El mundo cinematográfico no puede dejar de crear en torno a sí un campo de influjo extraordinariamente amplio y profundo en el pensamiento, en las costumbres y en la vida de las naciones donde extiende su poder."

Todavía parecen resonar en la cúpula del Vaticano los ecos de la declaración del Decreto Conciliar: "La Madre Iglesia reconoce que estos instrumentos (radio, prensa, cine, televisión) prestan ayuda valiosa al género humano, puesto que contribuyen eficazmente a unir y cultivar los espíritus y a propagar y afirmar el reino de Dios..."

Es unánime el consenso sobre este valor del cine. La propia experiencia en su vida basta para

convencer al más obstinado de la fuerza avasalladora del cine. Realidad que se convierte en inquietante preocupación al cebarse en la juventud, campo abonado para esta invasión psicológica. En este sentido por doquier se escuchan los gritos de atención. Basten las numerosas publicaciones de todo género, encuestas, etc., realizadas por la UNESCO como defensa de la juventud. La fórmula mágica por todos esgrimida en esta lucha aparece providencial: Inmunizar, preservar a la juventud. Prepararla para que pueda percibir los valores sin dejarse influenciar por sus vicios.

En reciente Semana Social dedicada a este problema, los italianos afirmaban: "La comunicación audiovisual debe ayudar al hombre para que se adhiera profunda y conscientemente a los valores esenciales de la vida por medio de la reflexión personal y de una activa postura crítica." Eco todo ello del ya lejano Congreso de la OCIC en 1952, consagrado todo él a la educación cinematográfica de la juventud a través de la postura crítica y formación personal.

Dignificación del cine, que ha sido siempre el ensueño de todos; y en nuestro país también existe el mismo deseo, no lo dudamos, a pesar de ciertas apariencias externas. Ya que si a veces se impone la mentalidad mercantilista en la exhibición, no lo es por mala voluntad, sino por subordinación a los imperativos del capital.

Este anhelo de la dignificación del cine ha sido el motor de mil iniciativas tanto de entidades públicas como privadas. Ahí están, entre otros, nombres como los del

INTELIGENCIA

INCIBA, Centro de Cultura Fílmica, etc., etc. Se han dictado cursillos, charlas; el cine-forum es el colofón normal de cualquier reunión de corte intelectual que se denomine moderna.

Todo ello bueno, pero que, por desgracia, poco ha hecho cambiar el panorama general del problema. No se gana una batalla con francotiradores que consumen las pocas municiones con que cuentan. Se exige el plan a escala nacional. En este sentido no hay en nuestro problema sino una sola meta clara y definida; mientras no se la alcance, todo será poco más que fuegos de bengala, deslumbrantes un momento para opacarse y no dejar huella en la noche oscura.

Esta meta no es otra que la de llegar a conseguir la formación cinematográfica dentro de los mismos planteles educativos sin llegar a divorciarlos del resto de la formación. Si el joven tiene que saber la fórmula de Newton o las leyes biológicas de la vida humana, ¿por qué no ha de conocer la fórmula de aprovecharse de ese mundo cinematográfico con el que está en contacto hoy y con el que ha de seguir estándolo a lo largo de su vida?

Pero, admitida esta solución, salta a simple vista la dificultad. ¿Dónde encontrar los profesores de esta nueva asignatura para los institutos educativos? Profesores con el suficiente bagaje de conocimientos técnicos para poder enseñar si no con el máximo de competencia, al menos con suficiente. Profesores y además pedagogos del cine para saber enseñar a otros lo que ellos mismos aprendieron.

En una palabra, con esto no se

trata sino de alcanzar y lograr el deseo expresado por el Congreso de Cine en 1952, por el que se pedía que en cada uno de los centros educativos existiera una persona encargada de transmitir esta cultura y formación cinematográfica.

En nuestro país ha habido en el campo de la enseñanza cinematográfica varios intentos por establecer Escuelas Superiores de Cinematografía a imitación de las existentes en Norteamérica o Europa. De hecho existe alguna en la actualidad. Escuelas encaminadas a formar profesionales del ramo como directores, camarógrafos, guionistas, etc., etc. Loable propósito, pero que habrá quien piense se encuentra un poco fuera de la realidad venezolana. No se trata de formar pequeñas élites de vanguardia, sino más bien tratar de elevar el nivel cultural básico cinematográfico. De lo contrario, nos podremos encontrar con una buena cabeza rectora de un cuerpo escuálido.

Sería de locos el que en un país de analfabetos todos los esfuerzos tendieran al establecimiento de una gran Facultad de Letras e Institutos de Investigación. El primer paso es el de alfabetizar. Comenzar por la primaria y paulatinamente llegar con una élite seleccionada a establecer la facultad de estudios superiores. Poco haríamos con poseer excelentes novelas si careciéramos de lectores.

La comparación puede servir en el campo cinematográfico. El primer paso es el de alfabetizar y para ello formar un grupo encargado de esta alfabetización, maestros del cine.

En el reciente Encuentro Nacional de Cine, realizado en la Universidad de Oriente, se propone un noble propósito: "Que las Universidades del país, los centros o departamentos fílmicos y audiovisuales... auspicien la creación de instrumentos idóneos para sistematizar las investigaciones históricas cinematográficas tanto a nivel teórico como material."

Es innegable la utilidad de la investigación; pero no menos útil e imprescindible para que ella exista es la formación básica; entonces aquella florecerá espontáneamente. De lo contrario, será flor muy bella, sí, pero artificial, sin tronco

vivificador que la sustente por largo tiempo.

En esta línea se inserta la iniciativa tomada por la Universidad Católica Andrés Bello, haciéndose eco en parte del susodicho auspicio nacional. Sin dejar a un lado lo relativo a la investigación, se trata de obtener ese núcleo de profesores, pioneros y desbrozadores del campo y esto a corto plazo. No es hora de esperar cuatro o cinco años. Urge la iniciativa y el trabajo rápido e intensivo.

La idea es de realizar una serie de cursos de extensión universitaria, de formación cinematográfica. Cursos para universitarios educadores y otras personas interesadas. El primer curso de esta serie se inicia en el mes de febrero. La finalidad del mismo queda estampada en las líneas de su presentación: "Su objetivo es bien claro. Proporcionar, a través de varios cursos gradualmente escalonados, una formación cinematográfica básica, pero lo más completa posible. Formación que capacite a sus asistentes para ser profesores de pequeños cursos de cine que puedan dictarse en los centros educativos. Que prepare personas aptas para ayudar a los demás a través de los cine-forums que se tienen en diversos núcleos de la nación. Que ayude a los hombres de la publicidad interesados en acrecentar sus conocimientos cinematográficos con el fin de lograr un mayor progreso y eficiencia en su trabajo publicitario."

Nada hay de deslumbrante en esta fórmula. Si algo práctico y positivo. Algo cuyo fruto no se hará esperar, sobre todo en la formación de la juventud. Con ello no se intenta descubrir nada original. Años hace que naciones de honda cultura clásica y tradicional han aceptado en sus programas normales estos cursos. Aunque con algún retardo, todavía estamos a tiempo para que no se nos haga demasiado tarde.

IGNACIO IBAÑEZ, S. J.

Febrero, 1967